

UN AFRICA CANDENTE

YAMEO OUOLOGUERE. DEBER
DE VIOLENCIA. Buenos Aires, Lo-
zada, 1969, 216 pp.

EL primer escrito del autor (n. en Mali, 29 años, estudiante en París de letras, filosofía y sociología) es haber logrado elaborar, en base a la historia del África nórdica y central, en el largo período que va del 1202 a la época actual, un contexto más anecdótico que novelesco, con el que consigue reforzar y dar vida a nuestra comprensión de mucho de lo que sucediera en dicho lapso. Escribe más con sus nervios y su sangre que con su saber, a grandes brochazos, demostrándose tan sólo en algunas peripecias significativas o, más bien, impresionantes, altos oportunos en un escribir en general arrebatado, no definiendo ni juzgando sino muy al paso, prefiriendo asestarnos personajes y escenas alucinantes, sus pasiones y sus excesos, con prodigalidad suntuosa y un melancólico peculiar, en donde el fuerte color local se matiza con reminiscencias arábicas. El terror, la crueldad, con razón o sin ella, del poder y de quienes lo resisten, así como, el envilecimiento consiguiente, van completando, por acumulación tumultuosa, una visión patética del destino mancillado del negro, desde los imperios y feudos de los primeros siglos, desde la explotación negrera, con culpas repartidas entre europeos y caides locales, hasta la parodia humillante de la colonización, la corrupción y el embrollo de una política cuyos centros de poder aparecen aquí en sus ejercicios mayores y menores, sin análisis de condicionantes históricos apenas aludidos, más con exclamaciones y lamentos que con juicios que los discriminan.

No se vea claro, a veces, los motivos, tras tantos sucesos. Lo que más nos llega es la reacción del autor, por el modo de cargar las tintas, llegando a ser a veces demasiado efectista. Describe luego la vida del estudiante negro en París, para culminar con un tenso diálogo, conato esforzado de entendimiento entre el gobernante negro y el obispo, disquisición teatralizada de una búsqueda de fundamentos, de una aceptación que sea al mismo tiempo un comienzo esperanzado, en donde se barajan ideas máximas y mínimas, el amor y la astucia, el derecho y la fuerza, insinuándose soluciones que no parecen plantearse sino como actitudes subjetivas, sin que Marx asome en ningún momento la cabeza, o la punta de la cosa, como se quiera. Sea como sea, el lector gana entregándose al ritmo avasaliante de la obra, aceptando incluso ciertas posibles gratuidades u omisiones que podríamos creer insportables, no acordándonos mucho de lo que creíamos saber de África, aceptando el contenido del relato como eventual materia prima.

No nos hagamos merecedores, al menos, de la punzante sátira con que el autor ridiculiza a la ciencia europea, engreída con su hallazgo de un África presuntamente mágica, imagen divertida que creyó hacer coincidir con lo que le faltaba. El profesor Shrobenius (¿Frobenius?) nos hace avergonzar retrospectivamente a todos. No queremos decir que el autor nos esté revelando, al fin, África, realidad tan vasta y cambiante que no resulta abordable, tal vez, sino en escorzos como éste, en sorbos que nos dan a lo sumo pedazos de su entraña viva. Pero, se reconozca o no su valor documental, nos queda su valor estético indudable, la reconstrucción viva y casi siempre poética de una realidad que, si no fue así, ya lo es en el mundo inapelable de la literatura.

WASHINGTON LOCKHART

Vieρες 17 de abril de 1970